CUCA CANALS

DAN QUIJOTE

El misterio de las ovejas muertas

edebé

DAN QUIJOTE

CUCA CANALS

edebé

© Cuca Canals, 2025

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look
© Ilustración de cubiertas: Eva Iglesias Bilbao

1.ª edición, septiembre de 2025

ISBN: 978-84-683-7067-5
Depósito legal: B. 8149-2025
Impreso en España
Printed in Spain

PEFC Certificado

Este producto procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

PEFC/14-38-00352

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

Dedicado a Miguel de Cervantes,
y a su inspirador personaje
don Quijote de la Mancha.

***

«La imaginación es más
importante que el conocimiento.
El conocimiento es limitado,
mientras que la imaginación no».

Albert Einstein

Agradecimientos:

A José Castro, por la parte gráfica y mucho más.

A Bruno Canals y a Pablo Sambola,
por sus valiosas aportaciones.

A la doctora María Pérez Hervada,
por su asesoramiento médico.

A Matilde Duch,
por su asesoramiento veterinario.

A Irene Canals,
por su asesoramiento químico.

A Reina Duarte y a todo el equipo de Edebé,
por su entusiasmo.

A Carina y a la Agencia Balcells.

A Miguel de Cervantes, por inspirarme.

A todos los que leen una novela de DAN QUIJOTE por primera vez...

★

Dan Quijote es el mote que recibió Daniel Quijada poco tiempo después de empezar esta historia. Por aquel entonces, acababa de cumplir once años y lo que más le gustaba en el mundo era jugar con su consola sentado en el asiento reclinable de su amplia habitación. Tanto es así que lo llamaba el sofá de la felicidad. Se podía pasar todo el fin de semana sin salir de su cuarto. Su juego favorito era *Black*. Su protagonista, el capitán John Black, luchaba a favor de los más desfavorecidos en la ciudad de Gauland. Daniel estaba a media partida de su videojuego cuando su vida cambió radicalmente. Se produjo un inesperado incendio en su casa. Su familia lo perdió todo, incluido el negocio del padre, una panadería situada en la planta de abajo. Él y sus padres estuvieron a punto de morir. Los tres salieron vivos de milagro, aunque su madre, Camila Loren, policía de profesión, sufrió un ataque al corazón. Al llegar al hospital perdió el conocimiento y le indujeron un coma. Parecía dormida.

Estaba ingresada en una clínica pero su futuro era incierto. Nadie sabía si despertaría.

Tras ese incendio, Daniel y su padre se trasladaron a Viento, un pequeño pueblo donde se vieron obligados a empezar de cero. Daniel supo, desde el primer momento, que iba a echar de menos su vida anterior, con su madre, pero también su consola y el juego protagonizado por John Black, ya que su padre no tenía dinero como para comprarle una nueva. Aburrido sin sus videojuegos, Daniel se distraía con todo lo que tenía a su alrededor, por ejemplo, observando las manchas de las paredes de su nuevo colegio en Viento, un edificio destartalado. Si las miraba fijamente, se convertían en caras. Su profesora Natalia se percató de que era un chico muy imaginativo y empezó a llamarlo Dan Quijote de la Mancha, inspirándose en el nombre del protagonista de la novela de Miguel de Cervantes. Así, a partir de ese momento, pasó a ser conocido como Dan Quijote o Dan Quijote de la Mancha, por ser un chico excepcionalmente ingenioso y por su fascinación por las manchas de tinta. Cuando Daniel descubrió que el don Quijote de la Mancha «original» era un justiciero y, en cierta manera, un héroe, decidió imitarlo

y trabajar por un mundo mejor. Su imaginación se convirtió en un superpoder. Y, por supuesto, también se inspiró en John Black, que, desde entonces, se le aparecía en persona para aconsejarle. Eso sí, solo Daniel podía verlo. Sara Pineda, una compañera de clase a la que llamaban Sara Panza por su sobrepeso, se convirtió en su ayudante.

Gracias a la imaginación, Dan empezó a comportarse de manera diferente. A relacionarse con sus padres de forma diferente. A divertirse con sus amigos de una forma diferente. A aprender en la escuela de una forma diferente. Incluso a comer o a dar pasos de forma diferente. Por ejemplo, para cada día de la semana, elegía una forma distinta de andar con el objetivo de que ir a la escuela fuera más divertido. Así caminaba:

En zigzag.

En bucle.

Haciendo ondas.

Dando zancadas.

Con paso militar.

Pasos intermitentes.

Eso sí, en más de una ocasión tropezó, porque si había una cualidad que Daniel no tenía, era la de ser ágil.

El caso es que la imaginación pasó a ser una compañera inseparable en la vida de Daniel. Como dijo el científico más famoso e influyente del mundo, Albert Einstein: «La imaginación

es más importante que el conocimiento. El conocimiento es limitado, mientras que la imaginación no». Los seres humanos no hubiéramos logrado muchos de los avances que hemos conseguido sin el ejercicio de la imaginación. Nunca hubiéramos alcanzado la Luna si primero no hubiéramos soñado con llegar hasta ella. Nunca hubiéramos inventado los aviones si antes no hubiéramos imaginado que volábamos como pájaros. Sin la imaginación, Dan Quijote nunca hubiera resuelto su primer caso, que llamó «En busca de la mancha maldita», en el que ayudó a localizar a una anciana que había desaparecido misteriosamente de Viento.

A continuación, vamos a relatar su segundo caso, que fue tan apasionante como el primero y en el que, de nuevo, Dan Quijote tuvo que poner su vida en peligro para resolverlo.

CAPÍTULO

EL HOMBRE DE LAS PATILLAS AMARILLAS

Dan Quijote intentó conciliar el sueño contando ovejas, chocolatinas, pelotas de tenis, cohetes y hasta chorizos, pero ni siquiera logró bostezar. Se pasó la noche dando vueltas en la cama. Todavía faltaban unos minutos para las siete de la mañana cuando se levantó, a pesar de que era sábado. Estaba completamente desvelado. Decidió salir a hacer ejercicio, porque quería ponerse en forma. Recorrió la calle principal y se detuvo frente al gimnasio MUSC GYM. Estaba cerrado, pero pudo ver a través del escaparate el cartel que ofrecía tres meses sin pagar a los nuevos clientes. Fue entonces cuando, en el reflejo de la ventana, le pareció ver a un hombre. No le dio importancia y reanudó su marcha. Atravesó el área de servicio de la España No Vaciada y continuó corriendo hasta las afueras. Ya no

vio a nadie ni nada extraño. Hasta que regresó al centro de Viento. De nuevo, le pareció que alguien le seguía. Para comprobarlo, dobló de repente por una estrecha calle. Su perseguidor hizo lo mismo, acelerando el paso. Dan se giró unos segundos para verlo mejor. Lucía en su cara dos patillas amarillas. Estaba casi convencido de que se trataba del mismo hombre que había visto en el hospital al que sus padres y él acudieron tras el incendio de su antigua casa. Y recordó que ese hombre, además, iba armado. Pero ¿qué hacía en Viento? ¿Por qué le estaba siguiendo?

Dan echó a correr con más ímpetu mientras miraba a su alrededor. No podía pedir ayuda a nadie. A esas horas y al ser fin de semana, las calles estaban vacías. Y entonces sucedió lo inevitable, teniendo en cuenta la escasa agilidad de Dan. Tropezó con una inesperada piedra, que provocó que se desequilibrara y cayera al suelo. Enseguida notó que se había hecho daño en el tobillo. El dolor era insoportable. Su perseguidor se acercó hasta él y así Dan pudo confirmar su sospecha. Era el hombre armado que había visto en el hospital horas después de que su an-

tigua casa se hubiera incendiado. Aquellas patillas amarillas y las ojeras marcadas nunca se le olvidarían.

—¿Pensabas que te iba a dejar en paz? —le espetó—. Llevo vigilándote desde el día que te vi en el hospital.

El hombre apuntó la pistola en dirección a la cabeza de Dan, que lo contemplaba sin poder moverse.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —le preguntó con un hilo de voz.

—No tengo otra opción que matarte.

—Pero ¿por qué? Yo no he hecho nada, por favor —le suplicó lloroso.

—Me has reconocido —dijo.

—No sé quién eres, nunca diré nada de ti, ¡te lo juro! Soy demasiado joven para morir —masculló Dan aterrorizado.

El dedo del hombre acarició el gatillo. Daniel, pensando que solo le quedaban unos segundos

de vida, se pellizcó con fuerza el brazo. A lo mejor todo era un sueño, pensó, pero el agudo dolor que sintió le confirmó que todo era real. Apretó los párpados convencido de que aquello era el final. Luego, escuchó cómo su atacante presionaba el gatillo, abrió los ojos y hasta pudo ver cómo la bala salía por el cañón de la pistola.

De repente, notó cómo alguien meneaba su cuerpo.

—Venga, hijo, despiértate.

Daniel pestañeó asombrado. No sabía dónde se encontraba hasta que identificó esa voz familiar. Era Leandro, su padre. Sentado a su lado, en su habitación de su casa en Viento, le acarició cariñosamente la cabeza.

—Todo ha sido una pesadilla, nada más —le decía.

Dan respiró aliviado. Seguía vivito y coleando. Una vez más había soñado con el hombre de las patillas amarillas que había visto en el hospital el día del incendio de su antigua casa.

—Ya ha pasado todo, hijo. Estoy aquí, a tu lado, para protegerte.

Dan miró a Leandro con ternura pensando que volvía a ser el padre de antes del incendio. Por supuesto que su progenitor seguía triste y preocupado por el estado de su esposa Camila, que continuaba en coma. Sin embargo, se había dado cuenta de que tenía que cuidar de su hijo y se esforzaba en mostrarse con él más cariñoso que antaño. Mientras se dejaba abrazar, Dan giró su cabeza para observar el póster del capitán Black, colgado en la pared de su pequeña habitación, y darle buenos días.

—¡Vas a llegar tarde a la escuela! —proclamó Leandro, quien, a sus treinta y ocho años, ya tenía poco pelo y una incipiente barriga.

Padre e hijo desayunaron juntos. Pan con mermelada y leche chocolateada. Agustina, su casera, se acercó a ellos con dos bocadillos de chorizo envueltos en papel de aluminio. Era menuda y ya había cumplido setenta años, pero rebosaba la energía de una persona joven. Dan pensaba que Agustina era un poco gruñona y

mandona, porque le obligaba a tomar verdura dos veces al día, pero con ese bocadillo tan exquisito que le ofrecía cada mañana, le perdonaba todo. Chorizo de Cantimpalos, para muchos, el mejor del mundo. Tanto es así que desde hacía unos días también le preparaba otro a Leandro.

Tras el desayuno, Daniel se dio una ducha rápida mientras canturreaba. Se inventaba canciones con letras absurdas; la última la había titulado *El rap de jajajajabón*.

«Se me olvidó mi champú.
No pasa nada porque uso *ketchup*.
Me da risa porque es jajajajabón
y me pongo un montón
y como es resbaladizo,
me siento escurridizo.
El espejo está empañado,
no puedo ver mi reflejo,
¡pero casi lo prefiero!».

Leandro lo escuchaba satisfecho porque, por fin, desde que residían en Viento, volvía a ver a su hijo contento. A pesar de que no era fácil, los

dos se habían propuesto seguir adelante. Y es que Daniel había descubierto que, con el poder de la imaginación, su vida era más apasionante desde que se despertaba. En el desayuno se había divertido imaginándose que la barra de pan se había convertido en una espada.

—La llamaré la es-PAN-da —dijo para sí riéndose.

La imaginación también contribuía a que ordenar su habitación fuera más ameno. Para ello, se sentaba en la cama y desde ahí lanzaba sus prendas de ropa al perchero hasta que lograba que quedaran colgadas. Precisamente, estaba a punto de estrenar un nuevo modo de caminar en su trayecto a la escuela, cuando apareció Sara Pineda. Ese era su verdadero apellido, aunque algunos compañeros la habían apodado Sara Panza para burlarse. Cierto que estaba un poco

gordita, pero era una estupenda amiga. Morena, y de baja estatura, casi siempre llevaba el pelo recogido en dos trenzas que le quedaban muy bien.

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó Dan.

Sara no respondió. A Daniel no le sorprendió que estuviera seria, porque sabía que su situación familiar era muy complicada. Su madre los había abandonado y el padre, camionero, se pasaba casi todo el tiempo viajando. Sara hacía las labores de la casa y cuidaba de Dylan, su hermano pequeño, porque Richie, su hermano mayor, trabajaba en el campo de jornalero y, por ello, también pasaba temporadas lejos.

—¿Y Dylan? ¿Por qué no viene contigo? —le preguntó Dan—. ¿Le pasa algo?

—Tiene que hacer un trabajo sobre un cuento que cogió de la biblioteca de la escuela —le contó por fin Sara—. El problema es que el abusón de Kiko se lo ha robado y Dylan está destrozado. No quiere volver a la escuela.

Sara se quedó unos instantes en silencio y prosiguió:

—Encima mi hermano Richie se ha quedado sin trabajo y ahora está en casa, así que manda él. Y Richie le ha permitido a Dylan faltar a la escuela. Le deja hacer lo que le da la gana.

Dan no le preguntó nada más, consciente de que le incomodaba hablar de sus problemas familiares. Le daba pena lo que le había pasado al pequeño Dylan, por el que sentía un gran aprecio. Entendía bien que enfrentarse a Kiko era sumamente complicado. Se trataba de un abusón con muy mala leche. Estaba en su clase y, como era repetidor, era el más corpulento. Dan había conseguido asustarle en una ocasión y desde entonces se tenían un cierto respeto, aunque no se fiaba de él.

—¿Y de qué cuento se trata? —quiso saber Dan.

—*La Bella Durmiente* —respondió Sara.

—Es el del príncipe que besa a la princesa para despertarla, ¿no? Esa historia es una cursilada.

Esto último lo dijo para intentar convencer

a Sara de que no merecía la pena enfrentarse al temible y nefasto Kiko. Sin embargo, ella lo miró con los ojos vidriosos, como pidiéndole ayuda.

—Está bien, yo le obligaré a que me devuelva ese libro —afirmó Dan y, a continuación, habló con solemnidad—: Tú y yo somos amigos y la amistad es la mejor arma contra los malvados. Nuestra misión es hacer justicia. Venceremos siempre a la oscuridad.

Sara lo miró con cara rara, todavía muy seria. Nunca lo entendía cuando hablaba así. Para animarla, dijo:

—Hoy estreno una nueva forma de caminar. Mírame. En primicia para ti…, ¡tachíííííín!

Tomó aire e instantes después empezó a avanzar dando extraños tumbos.

Era como si sus piernas no le obedeciesen y se moviesen hacia delante y hacia atrás a su antojo.

—Pareces un verdadero payaso —proclamó Sara señalándolo.

Al menos consiguió que durante unos instantes se riera. Y mientras se dirigían a su clase, daba vueltas a alguna idea para que Dylan recuperara su cuento. No quería decepcionarle, ni a él ni a Sara. Sin embargo, cuando llegaron a la escuela, miró a Kiko con temor. A sus doce años, no solo era el más fuerte de la clase, sino que su pelo rapado por los lados resaltaba unos ojos inquietantes. La única esperanza de Dan era que ya había logrado vencerlo días atrás imitando a los zombis del videojuego del capitán Black que tanto le fascinaba. En esa ocasión, logró poner sus ojos en blanco al tiempo que expulsaba saliva de su boca, como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico. Tan real fue su representación que Kiko pensó que Dan estaba a punto de morir y, por temor a que le culparan, logró que no se metiera más con él.

Dan pensó que no colaría usar el mismo truco. Para recuperar el cuento debería utilizar el don de la imaginación que había descubierto e idear un nuevo plan. Cerrar los ojos solía ayu-

darle, pero ese día no distinguía nada que no fuera oscuridad. Estaba tan distraído que apenas prestó atención a Nata, Natalia Molina, su profesora, que estaba preguntando a sus alumnos ejemplos de servicios públicos que el Estado ofrecía a los ciudadanos.

—Me refiero a esos servicios a los que todos tenemos derecho. Esta escuela, por ejemplo, es un servicio público —les contó—. Eso significa que todos los niños y niñas tienen derecho a acceder a la enseñanza. Por eso, a estos centros se les llama de enseñanza pública.

Los mellizos Juan y Ana Pedrol, más conocidos como los hermanos Wiki y Pedia, siempre eran los primeros en responder. Los llamaban así porque tenían una memoria prodigiosa y parecían saberlo todo. Eran muy similares físicamente, los dos morenos y de ojos azules, y además siempre vestían con ropa de marca.

—El ayuntamiento también es un servicio público —dijo Wiki.

—Otro ejemplo es una biblioteca —añadió su hermana Pedia tras alzar la mano.

—O un hospital —proclamó una niña sentada en el centro de la clase.

Nata agradeció las respuestas a esos alumnos y se dirigió a Daniel, que estaba distraído mirando tres borrones de tinta en la pared.

—Esas tres manchas de la pared son nuevas. Parecen una familia, ¿verdad? —Daniel las señaló con su dedo—. ¿No las ves? Solo tienes que imaginarte que tienen ojos. Los padres son las dos manchas grandes. ¡Y se quieren mucho porque van cogidos de la mano!

Todos se rieron. Incluso Nata no pudo evitar sonreír y tuvo que esforzarse para mostrar que era la autoridad.

—No es hora de mirar dibujos, Dan Quijote de la Mancha. Venga, dime un ejemplo de servicio publico —le pidió.

Dan frunció el ceño. No sabía exactamente a qué se refería Nata. Permaneció unos instantes meditando.

—Un servicio… público… El lavabo… —masculló dubitativo. Se detuvo unos instantes y ahora sí, habló con decisión—: Sí. Los lavabos del Mercadona son servicios públicos, todo el mundo puede ir. Al menos, en mi antigua ciudad…

Se oyó una risotada general. Y Nata le abroncó por su respuesta:

—Una cosa es ser imaginativo y otra cosa es tener morro. Como sigas así, tendré que castigarte.

A partir de ese momento prestó atención, pero esa respuesta había hecho pensar a Daniel en una posible idea. Recordó que a la hora del

recreo Kiko se encerraba siempre en una pequeña caseta situada junto al patio. Como él decía: «Es mi hora de depositar». Así llamaba a hacer sus necesidades. Se trataba de un lavabo provisional, a la espera de que arreglasen los de la planta baja, cuyas obras se retrasaban por falta de presupuesto.

—¿Y si le doy un susto ahí? —musitó Dan.

A la última hora de la mañana, en la clase de Educación Física, la profesora Evarista les puso a hacer el salto de la rana, un ejercicio en el que debían imitar el movimiento propio de un batracio al desplazarse. No era tan sencillo, sobre todo para Dan, que perdía el equilibrio fácilmente. Se esforzó en realizarlo bien, pero su torpeza, una vez más, le jugó una mala pasada y acabó cayendo al suelo. Kiko y Luca, su inseparable compinche, empezaron a reírse de él mientras Sara le ayudaba a incorporarse.

—Me desternillo, pedazo de *spam* —proclamó Kiko mirándole con desprecio y refiriéndose a él con esa palabra en inglés que significa «basura» para dárselas de chulo.

—Yo también me desternillo… —Luca siempre lo imitaba.

Dan tuvo una nueva idea. Asoció el cuarto de aseo con el salto de la rana. Juntaría las dos cosas. Sí. Su plan haría que Kiko tuviera un buen susto.

—Te vas a enterar —masculló mirándolo de reojo y sonriendo.